



— ¡Vaya compromiso! ¿Cómo le digo yo a la gente que se me ha aparecido un ángel para decirme que presente mi candidatura para las elecciones a Presidente de los Estados Unidos?

que ha ironizado en muchas ocasiones. En «Las pirañas» —me resisto a utilizar el título español, una vez puesta en claro la traslación— no ha contado ni con una cosa ni con otra. Salvo Sonia Bruno, los actores le eran desconocidos, incluida Ana María Campoy, estrella de nuestro cine en los años cuarenta y desde hace veinte afincada en Sudamérica, a raíz de su matrimonio. La ciudad, igualmente. Y eso se nota. Se nota mucho, con perjuicio del tono general de la película. Esas notas de observación, esos «toques» que han caracterizado siempre las películas de Berlanga apenas aparecen, para dejar paso a unos chistes no demasiado afortunados. Queda, en consecuencia, el argumento desnudo, y puesto en imágenes aparentemente sin excesiva convicción. Berlanga, que «cuenta» muy bien en cine, lo que no ha hecho nunca es «contar historias» en sentido lineal. Su última película, al carecer de esos

elementos de apoyo que constituyen la mejor baza de su autor, estaba, pues, abocada a la insuficiencia. Los diez minutos finales dan una idea —no completa— de lo que podría haber sido el film hecho de otro modo, sin que las pirañas que le dan título hubieran logrado devorar parcialmente a su director. En ellos aparecen las coordenadas que han caracterizado el cine de Berlanga y Azcona, inseparables estos últimos años, a partir de «Plácido». Pero con ello no basta. Ambos han hecho cosas —la mayoría— mejores. El trasplante, en cine, no es nunca rentable. Existen abundantes pruebas de ello. Sin ir más lejos, la experiencia de Bardem hace unos años cuando, también con Cesáreo González —productor de «Las pirañas»— realizó, igualmente en Argentina, «Los inocentes», cuya acción transcurría, en el guión original, en el San Sebastián invernal... ■ C. S. F.

FESTIVAL DE BERLIN



LA CAZA DEL OSO DE PLATA

Saura triunfa nuevamente

Durante los días previstos, con su habitual perfección organizadora, se ha desarrollado el XVIII Festival Internacional de Berlín. No ha habido incidentes. Pese a que en Cannes y Pesaro se dijo que ni siquiera llegaría a celebrarse, la verdad es que las sesiones del Certamen han discurrido sosegadamente, sin que el «poder estudiantil» haya intervenido activamente. Lo cual no quiere decir que no haya actuado. Se manifestó desde el primer día, elevando al director del Festival, doctor Bauer, unas cuantas exigencias, entre las que se encontraba la de asociación y discusión. Efectivamente, todos los días, a las once de la mañana, en una dependencia del Festival, los estudiantes podían reunirse a discutir libremente. Fruto de estos encuentros democráticos fue la redacción de un manifiesto en el que los estudiantes exponían sus puntos de vista y explicaban por qué no habían saboteado el Festival: lo harán el año próximo; también en la siguiente edición conseguirán que las películas se proyecten gratuitamente para toda clase de público. En cualquier caso, Berlín ha demostrado —tras la experiencia de Cannes y Pesaro— que la «fórmula Festival», tal y como hasta ahora se ha venido desarrollando, no convence a nadie: ni a los comerciantes que acuden a concretar sus compras de películas, y a los que

no les interesa el aspecto «artístico» del Certamen, ni a los que acuden para presenciar las últimas muestras del cine que se hace en el mundo.

Habrà que esperar, seguramente, a Venecia para saber en qué para todo esto: parece ser que Chiarini pretende ensayar una fórmula nueva. El director de la Mostra, que siempre ha estado en contra de la rutina y esclerosis de los Festivales puede aportar ideas nuevas sobre este tema tan debatido desde el truncado Certamen de Cannes.

Dos años después de haber obtenido el Oso de Plata a la mejor dirección por «La caza», Carlos Saura ha vuelto a obtener el mismo premio por «Peppermint Frappé». El éxito de la película española fue indiscutible. Las ovaciones a Geraldine Chaplin y José Luis López Vázquez que se escucharon en el escenario del Zoo Palast fueron las más entusiastas. La conferencia de prensa de nuestra película fue —junto a la de Orson Welles— la que atrajo mayor cantidad de periodistas y críticos. Carlos Saura compitió con realizadores como Godard, Chabrol, Robbe-Grillet, por citar sólo los franceses: su triunfo acredita la categoría internacional de este director. Vista en Berlín, «Peppermint Frappé» adquiere una nueva dimensión: el erotismo subterráneo del film, su violencia contenida, la dialéctica de la tensión, aparecen en un primer término. El público lo entendió así, apreciando, quizá, ciertos aspectos que aquí habían pasado desapercibidos.

El premio es importante, muy importante. Por segunda vez se sanciona con el premio a la mejor dirección a Carlos Saura. Era difícil creer que podía conseguirse un nuevo Oso de Plata y, sin embargo, ha sucedido. En la caza del oso berlinés, Saura y su equipo han cobrado por segunda vez la preciada pieza de plata. ■ J. G. D.



Foto superior: J. L. López Vázquez, Geraldine Chaplin, Querejeta y Saura ovacionados en el escenario del Zoo Palast tras la proyección de «Peppermint Frappé». A la izquierda: Luis G. Berlanga, presidente del Jurado Internacional, contempla la entrega del Oso de Oro al director Jan Troell por «Die Dole Off».